

ANTÍFOLO.—Es el demonio.

DROMIO.—Es aún peor, es la señora del demonio; y viene aquí bajo la forma de una moza ligera de cascos; y por esto las muchachas dicen: ¡Dios me condene! lo cual significa: ¡Dios me haga una moza de la vida ajrada! Está escrito que se aparecen á los hombres como ángeles de luz. La luz es un efecto del fuego y el fuego quema. *Ergo*, las mozas de placer quemarán; no os aproximéis á ella.

CORTESANA.—¡Vuestro criado y vos, señor, estáis de un humor maravilloso. ¿Queréis venir conmigo? Recobramos aquí la comida que no hemos podido tomar en casa.

DROMIO.—Amo, si debéis probar la sopa, pedid de antemano una cuchara larga.

ANTÍFOLO.—¿Pues para qué, Dromio?

DROMIO.—Verdaderamente, es menester una cuchara larga al hombre que debe comer con el diablo.

ANTÍFOLO (*á la cortesana*).—¡Atrás, pues, demonio! ¿A qué vienes á hablarme de cena? Eres como todas las demás, una bruja. Conjúrote á que me dejes y te vayas.

CORTESANA.—Dadme el anillo que me habéis tomado en la comida; ó en cambio de mi diamante, la cadena que me habéis prometido; y entonces me iré, señor, y no os importunaré más.

DROMIO.—Hay diablos que no piden sino el recorte de una uña, un junco, un cabello, una gota de sangre, un alfiler, una nuez, una semilla de cereza; pero ésta, más codiciosa, quisiera tener una cadena. Amo, tened cuidado: si le dáis la cadena, la diabla la sacudirá y nos espantará con ella.

CORTESANA.—Os ruego, señor, que me deis mi sortija ó mi cadena. Espero que no tenéis intención de defraudarme de este modo.

ANTÍFOLO.—¡Fuera de aquí, gitana! Vamos, Dromio, partamos.

DROMIO.—«Huye del orgullo», dice el pavo; ¿sabéis eso, señora?

(Salen Antífolo y Dromio.)

CORTESANA.—Ahora está fuera de duda que Antífolo está loco; de otro modo jamás se habría conducido tan mal. Me tiene una sortija que vale cuarenta ducados y me había prometido en cambio una cadena de oro: y ahora me niega la una y la otra, lo que me obliga á concluir que se ha vuelto loco. Además de esta actual prueba de su demencia, me acuerdo de los cuentos extravagantes que me ha endilgado hoy en la comida, como el de no haber podido entrar en su casa, porque le habían cerrado la puerta. Probablemente su esposa, que conoce sus accesos de locura, le ha cerrado, en efecto, la puerta intencionalmente. Lo que tengo que hacer ahora, es llegar pronto á su casa, y decir á su esposa, que en un acceso de locura ha entrado bruscamente en mi casa, y me ha quitado de viva fuerza una sortija que se ha llevado. Hé aquí el partido que me parece mejor escoger, pues cuarenta ducados son demasiado para perderlos.

ESCENA IV

La escena pasa en la calle

ANTÍFOLO DE EFESO y UN SARGENTO

ANTÍFOLO.—No tengáis ninguna inquietud; no me escaparé; te daré como caución, antes de dejarte, la cantidad por la cual estoy preso. Mi esposa está hoy de mal humor, y no querrá fiarse ligeramente al mensajero, ni creer que haya podido yo ser prendido en Efeso; dígotte que esta nueva sonará en sus oídos de una manera extraña.

(Entra Dromio de Efeso, con un pedazo de soga en la mano.)

Hé aquí á mi criado, creo que traerá el dinero.

¡Y bien! Dromio, ¿traes lo que te he mandado á buscar?

DROMIO DE E.—Hé aquí, os lo garantizo, con qué pagar á todos.

ANTÍFOLO.—Pero el dinero ¿dónde está?

DROMIO.—Por supuesto, he dado el dinero por el cordel.

ANTÍFOLO.—¿Quinientos ducados, tunante, por un pedazo de sogá?

DROMIO.—Yo os daría quinientas, señor, por ese precio.

ANTÍFOLO.—¿Pues para qué te mandé correr á toda prisa al alojamiento?

DROMIO.—Para traeros un pedazo de sogá, señor; y con este he vuelto.

ANTÍFOLO.—Y con este fin, voy á recibirte como mereces.

(Le golpea).

OFICIAL.—Paciencia, señor.

DROMIO.—Verdaderamente yo soy quien debe ser paciente: me acosa la adversidad.

OFICIAL (á Dromio).—Es bastante: ahora cállate.

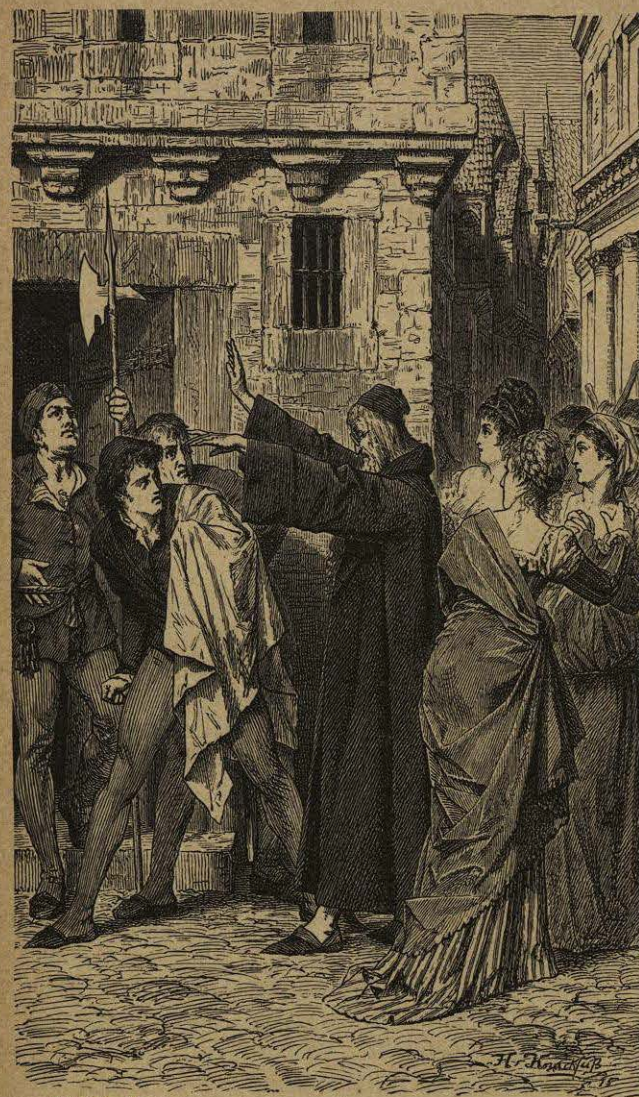
DROMIO.—Persuadidle más bien para que haga callar sus manos.

ANTÍFOLO.—¡Bastardo! ¡Bribón insensible!

DROMIO.—Quisiera ser insensible, señor, para no sentir vuestros golpes.

ANTÍFOLO.—No eres sensible sino á los golpes, como los asnos.

DROMIO.—En efecto, soy un asno; podéis probarlo por mis grandes orejas. Le he servido desde la hora de mi nacimiento hasta este instante, y jamás he recibido de él por mis servicios, sino golpes. Cuando tengo frío, me calienta con golpes; con golpes me despierta cuando estoy dormido; con ellos me hace levantar si estoy sentado; con golpes me despide cuando salgo de la casa, y con golpes me acoge cuando estoy de vuelta. En fin, llevo sus golpes en las espaldas como un mendigo tiene que



Y. A. R. Brendamour.

—Te adjuro, Satanás, ya que habitas dentro de este hombre

llevar su pequeñuelo; y creo que cuando me haya invalidado, me será preciso ir á mendigar con ello de puerta en puerta.

(Entran Adriana, Luciana, la cortesana, Pinch y otros.)

ANTÍFOLO.—Vamos, seguidme, hé allí á mi esposa que llega.

DROMIO.—Ama, *respice finem*, respetad vuestro fin; ó más bien la profecía, como el loro, «¡cuidado la sogá!»

ANTÍFOLO (*golpeando á Dromio*).—¿Y hablarás todavía?

CORTESANA (*á Adriana*).—¡Y bien! ¿qué pensáis ahora? ¿Está loco vuestro marido?

ADRIANA.—Su incivilidad no prueba menos. Buen doctor Pinch, vos que sabéis exorcizar, restablecedle en su buen sentido, y os daré cuanto pidiereis.

LUCIANA.—¡Ay! ¡Qué chispeantes y furiosas son sus miradas!

CORTESANA.—¡Ved cómo tiembla en su enajenación!

PINCH.—Dadme vuestra mano; dejadme sentir vuestro pulso.

ANTÍFOLO.—Tomad, hé aquí mi mano, y que la sienta vuestra oreja.

PINCH.—Te adjuro, Satanás, ya que habitas dentro de este hombre, ceder la posesión á mis santas oraciones y hundirte al instante en tus dominios tenebrosos; te adjuro por todos los santos del cielo.

ANTÍFOLO.—Silencio, brujo chocho; silencio; no estoy loco.

ADRIANA.—¡Oh! ¡Plugiese á Dios que no lo estuvieses, alma desventurada!

ANTÍFOLO (*á su esposa*).—Y vos, favorita, ¿son estos vuestros compinches? ¿Es este compañero, cara de azafrán, quien estaba de gala y fiesta hoy en mi casa, mientras que las puertas estaban criminalmente cerradas, y que se me rehusaba la entrada?

ADRIANA.—¡Oh! esposo mío, Dios sabe que habéis

comido en casa; ¡y ojalá hubieseis permanecido hasta ahora al abrigo de esta difamación y de este público oprobio!

ANTÍFOLO.—¿He comido en casa? Tú, tunante, ¿qué dices tú?

DROMIO.—Para decir la verdad, señor, no habéis comido en el alojamiento.

ANTÍFOLO.—¿Mis puertas no estaban cerradas y yo fuera?

DROMIO.—¡Por Dios! Vuestra puerta estaba cerrada y vos fuera.

ANTÍFOLO.—¿Y ella misma no me ha colmado de injurias?

DROMIO.—Sin mentir, os ha dicho injurias ella misma.

ANTÍFOLO.—¿Su cocinera no me ha insultado, zaherido, despreciado?

DROMIO.—Cierto, lo ha hecho; la vestal de la cocina os ha rechazado injuriosamente.

ANTÍFOLO.—¿Y no me he ido todo enajenado de ira?

DROMIO.—En verdad, nada más cierto; mis huesos son testigos de ello, que han sentido desde entonces toda la fuerza de esta rabia.

ADRIANA (*á Dromio*).—¿Es bueno darle razón en sus contradicciones?

PINCH.—No hay mal en eso: este mozo conoce su humor y cediendo le lisonjea en su frenesí.

ANTÍFOLO.—Has conquistado al platero para hacerme prender.

ADRIANA.—¡Ay! al contrario; os he mandado dinero para rescataros, por mano de Dromio que, vedle aquí, había corrido á buscarle.

DROMIO.—¿Dinero? ¿Por mi mano? Buen corazón y buena voluntad, podría ser; pero ciertamente, mi amo, ni una partícula de dinero.

ANTÍFOLO.—¿No has ido á encontrarla para pedirle una bolsa de ducados?

ADRIANA.—Ha venido y se la he entregado.

LUCIANA.—Y yo soy testigo de que se la entregó.

DROMIO.—Dios y el cordelero me son testigos de que no se me ha mandado á buscar otra cosa que un pedazo de sogá.

PINCH.—Señora, el amo y el criado están poseídos ambos. Lo veo en sus semblantes pálidos y cada-véricos. Es necesario atarlos y ponerlos en algún cuarto obscuro.

ANTÍFOLO.—Responded: ¿por qué me habéis cerrado la puerta hoy? Y tú (*á Dromio*) ¿por qué niegas la bolsa de oro que te han dado?

ADRIANA.—Mi buen esposo, no os he cerrado la puerta.

DROMIO.—Y yo, querido amo, no he recibido oro; pero confieso, señor, que sí os han cerrado la puerta.

ADRIANA.—¡Hipócrita villano, dices una doble mentira!

ANTÍFOLO.—Prostituta hipócrita, mientes en todo; y has hecho liga con una banda de forajidos para llenarme de afrentas y desprecio; pero, con estas uñas arrancaré tus pérfidos ojos, que se complacen en verme en tal ignominia.

(Pinch y su gente amarran á Antífolo y Dromio de Efeso.)

ADRIANA.—¡Oh! ¡Amarradle, amarradle; que no se acerque á mí!

PINCH.—¡Más gente! El demonio que lo posee es fuerte.

LUCIANA.—¡Ay! ¡Qué pálido y desfigurado está el pobre hombre!

ANTÍFOLO.—¡Qué! ¿Queréis asesinar me? Tú, carcelero, ¿soy tu prisionero; ¿sufrirás que me arranquen de tus manos?

OFICIAL.—Señores, dejadle; es mi preso y vosotros no lo tendréis.

PINCH.—Vamos, que se amarre á este hombre, pues es frenético también.

ADRIANA.—¿Qué quieres decir, rencoroso sargento?

¿Tienes gusto de ver á un infortunado hacerse mal y daño á sí mismo?

OFICIAL.—Es mi preso; si le dejo ir, me exigirán la suma que debe.

ADRIANA.—Te eximiré de ello antes de dejarte; condúceme al instante donde su acreedor. Cuando sepa la naturaleza de esta deuda, la pagaré. Mi buen doctor, ved que sea conducido en seguridad hasta mi casa. ¡Oh desventurado día!

ANTÍFOLO.—¡Oh, miserable prostituída!

DROMIO.—Amo, héme aquí apresado por causa de vos.

ANTÍFOLO.—¡Enhoramala para ti, bandido! ¿Por qué me haces encolerizar?

DROMIO.—¿Queréis, pues, que os amarren por nada? Sed loco, amo; gritad, el diablo...

LUCIANA.—¡Dios les asista, pobres almas! ¡Cómo desvarían!

ADRIANA.—Vamos, sacadle de aquí. Venid conmigo, hermana.

(Salen Pinch, Antífolo, Dromio, etc.—Al oficial.)

Decidme, ahora, ¿á requisición de quién está preso?

OFICIAL.—Sobre la demanda de un tal Angelo, un platero. ¿Le conocéis?

ADRIANA.—Le conozco. ¿Qué cantidad le debe?

OFICIAL.—Doscientos ducados.

ADRIANA.—¿Y por qué se los debe?

OFICIAL.—Es el valor de una cadena que vuestro esposo ha recibido de él.

ADRIANA.—Había encargado una cadena para mí, pero no se le ha entregado.

CORTESANA.—Cuando vuestro esposo, todo enfurecido, vino hoy á mi casa, se llevó mi sortija, que he visto en su dedo, hace poco, y momentos después le he encontrado con mi cadena.

ADRIANA.—Eso puede muy bien ser; pero no la he visto nunca. Venid, alcaide, conducidme á casa del

platero. Estoy impaciente por saber la verdad de esto con todos sus detalles.

(Entran Antífolo de Siracusa con la espada desnuda y Dromio de Siracusa.)

LUCIANA.—¡Oh Dios, tened piedad de nosotros! ¡Héles aquí de nuevo en libertad!



ADRIANA.—¡Y vienen con la espada desnuda! ¡Pidamos socorro, para hacerlos amarrar de nuevo!

OFICIAL.—Escapémonos; nos matarían.

(Huyen).

ANTÍFOLO.—Veo que estas brujas tienen miedo de las espadas.

DROMIO.—La que quería ser vuestra esposa ahora poco, os huye ahora.

ANTÍFOLO.—Vamos al Centauro. Saquemos nuestros equipajes; no veo la hora de estar sano y salvo á bordo.

DROMIO.—No, quedaos aquí esta noche; seguramente no se nos hará mal alguno. Veis que se nos habla amistosamente, que se nos ha dado oro; me parece que son unas buenas gentes; y sin esta montaña de carne loca, que me reclama para el matrimonio, me sentiría con bastantes ganas de quedarme aquí siempre, y de hacerme brujo.

ANTÍFOLO.—No me quedaría esta noche ni por el valor de la ciudad entera: vámonos á hacer llevar nuestro equipaje á bordo. *(Salen).*



ACTO V

ESCENA PRIMERA

La misma

Entran EL MERCADER y ANGELO

ANGELO

Siento mucho, señor, haber retardado vuestra partida. Pero os protesto que la cadena le ha sido entregada por mí, aunque tenga la deshonra inconcebible de negarlo.

MERCADER.—¿Cómo está considerado este hombre en la ciudad?

ANGELO.—Goza de una reputación respetable, de un crédito sin límites; es muy querido; ningún ciudadano de esta ciudad es superior á él; su palabra, cuando él lo quisiera, respondería de toda mi fortuna.

MERCADER.—Hablad bajo: creo que es él quien se pasea allí.

(Entra Antífolo de Siracusa.)

ANGELO.—Sí, es él: y lleva en su cuello esta misma cadena que por perjurio monstruoso ha jurado no haber recibido. Acercaos, señor, voy á hablarle.—*(A Antífolo).* Señor Antífolo, me asombra sobremedera que me hayáis causado esta vergüenza y este